

## SERES DE LA PALABRA Y DEL SOPLO

Texto de Ger Groot

Traducción de Charo Crego

Todo escritor conoce el momento en el que la primera palabra debería brotar de la pluma, pero aún no llega. Por un instante, el tiempo se detiene y el mundo se encuentra en la balanza de lo indeciso. O mejor dicho: lo indeciso salta del tiempo y se hunde en el magma originario del que, todavía no articulado, todo tiene que brotar: la palabra y el sonido, el pensamiento y la sustancia, la acción y el sentido, la fuerza y la materia. No es tanto que se mantengan en equilibrio, como que todavía no se distinguen entre sí.

Todo contiene la respiración a la espera del momento en que la posibilidad se convierte en realidad, la indiferencia en determinación, y no quede escapatoria para el escritor. En cuanto ha formado la primera palabra, el texto toma su propio curso. Algo se ha endurecido, se ha hecho *concreto*, fundido en hormigón, como dice el inglés con esa feliz asonancia de palabras, y entonces entran en juego las leyes que guían el avance y el desenlace.

Inquebrantables, como las verdaderas leyes de la naturaleza, no lo son, pero sí obstinadas. No obligan, pero sí impulsan. Lo que el escritor aún puede decir, cómo la palabra se articula desde lo indeterminado y se precipita como significado, ya no goza de la libertad del pájaro. Se encuentra encadenado a lo ya precipitado, a lo que desde ese momento está irrevocablemente labrado.

\*

Ese momento de lo indeterminado, cuando todavía no hay significado y ni siquiera lenguaje, pero ya se deja sentir su fuerza por nacer, ha sido aprehendido en *El tiempo sin derrota* de Shirin Salehi. Un viejo tórculo, las manos y los brazos de quien lo pone en marcha: esto es lo que muestra la foto *Nocturno* en un tono tan oscuro que la propia imagen parece surgir de la nada.

Antes de que el tórculo haya impreso la palabra y, por tanto, le haya dado un lugar en la realidad, la haya hecho legible, concreta y pronunciable, ya se han puesto en marcha los pesados trabajos del parto, que empujan para que llegue al mundo. En el vídeo, presentado en la exposición, se oye la fuerza, el sostenido esfuerzo del alumbramiento de la palabra, que se contrae gimiendo todavía en su indeterminación.

El aliento, el *ruaj* de la palabra de la creación forcejea, el cuerpo se tensa al accionar el mecanismo en el que el soplo exhalado desde un primer abismo se precipitará en letras, palabras, textos, escritura — y se hará legible. En el que, dicho de otra manera, el ejercicio del poder comienza a hablar y a expresarse articuladamente. A partir de entonces, lo que dice está *determinado*. Entonces el tiempo se pone de nuevo en marcha y se convierte en el medio de la palabra que da sentido a la realidad sometiéndola al lenguaje.

En ese momento, la cosa y la palabra se unen en una alianza que determina y limita, pues toda *determinatio* implica -según Spinoza- *negatio*. Todo lo que se dice, todo lo que se dice *de* algo, excluye en ese mismo movimiento todo lo demás. La realidad se fija. Se convierte en *esto* y *aquello*, y la palabra determina la esencia de *esto* o de *aquello*.

\*

Para ello, tiene que olvidarse del momento en el que aún tenía que endurecerse en un enunciado, cuando todo estaba aún por decidir y el carácter inmutable del sentido y de la proposición se anunciaba a lo sumo en el suspiro, que -como un casi nada - se borra. Porque la palabra es prosaica. En su combate contra el ruido de otras palabras, consignas y gritos de guerra, se yergue y clama para no pasar desapercibida. Su hábitat es la cacofonía en la que se libra la lucha de todos contra todos. En ese tumulto, no hay lugar para la duda, la vacilación o el recuerdo de su propia debilidad, de su costoso y siempre amenazado derecho de existencia. Para sobrevivir, debe olvidarse de sí mismo: el «sí mismo» que sólo puede experimentar cuando revive en silencio sus orígenes y rememora la precariedad de su propio nacimiento.

\*

Esa memoria se manifiesta en lo que Deleuze llamó el «acoplamiento» entre el cuerpo y la máquina: en el movimiento de la prensa manual que, emergiendo a duras penas de la oscuridad y el silencio, anuncia lo aún no dicho. ¿Es esta la experiencia que evoca María Zambrano en las primeras líneas de su ensayo *Claros del bosque*, tan apreciado por Shirin Salehi? «El claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar» — escribe — «desde la linde se le mira y el aparecer de algunas huellas de animales no ayuda a dar ese paso. [...] No hay que buscar. Es la lección inmediata de los claros del bosque: no hay que ir a buscarlos, ni tampoco a buscar nada de ellos. Nada determinado, prefigurado, consabido».

Aquí la tierra prohibida no es oscuridad sino luz, una *Lichtung*, como Martin Heidegger llamó a este claro del bosque. Para él, era el lugar donde la verdad del Ser se sentía. ¿Luz u oscuridad? En cualquier caso, no la evidencia de la «luz de la razón», el *lumen naturale* con el que la emancipadora razón moderna hizo del mundo entero una obviedad. En ella, el asombro se convertía en método, y sólo tenía sentido preguntar cuando ya se prometía de antemano una respuesta. Certeza, evidencia y apodicticidad: el juego del lenguaje despótico en el que la realidad sólo está ahí para ser sometida.

Luz, oscuridad: ¿importa mucho? La claridad ciega, en la oscuridad se trasluce lo apenas visible. Las imágenes parecen opuestas, pero abren el espacio de una misma visión. Como en Heidegger, el Ser y la Nada se terminan fundiendo en la noción de que el fondo de la existencia es siempre inasible, que se repliega en un abismo sin fin. Una noción precaria, pues en el borde del lenguaje, en la linde del bosque que todavía ofrece protección, la realidad se escurre fácilmente entre los dedos disolviendo todo sentido y significado.

\*

«Transgresión» llamó Georges Bataille a ese desafío del destino, en el que todo está en juego porque la existencia roza su propia condición de ser y, por tanto, ya no es evidente ni está segura de sí misma. En la que el hombre, como lo describe Michel Foucault en la última línea de *Las palabras y las cosas*, no es más que una figura dibujada en la arena a punto de ser borrada por la marea.

¿Violento? Sí, pero no siempre esa violencia se manifiesta como ferocidad o ardor guerrero. También es la aventura a la que el alma se expone cuando es apelada por un espacio en el que más que perderse vuelve a su hogar. Ese espacio, que es más amplio que toda realidad, no le amenaza, sino que — como escribe el poeta neerlandés Gerrit Achterberg —, le habla en «un lenguaje para el que no existe signo en este universo». Un lenguaje que quizá sólo se comprende

durante un breve instante, no tanto en destellos como en breves ecos que resuenan sobre el ruido de fondo del universo.

Ese es el momento de la experiencia mística, de la percepción filosófica, de la palabra poética: todas ellas transgresiones, en las que a través de la obviedad de lo cotidiano algo insospechado se anuncia que apenas es pronunciable, si no quiere endurecerse inmediatamente en hechos, argumentos y contradicciones, y ahogarse en la cacofonía del mundo. En el que — dice la dramaturga Cecilia Molano — el lenguaje todavía se contenta con balbucear para retrasar el momento en que cederá a su deseo de univocidad y certeza.

\*

Así, esa palabra que aspira a hablar, pero - de nuevo Cecilia Molano - *aún calla*, se hace lentamente visible en *Un orden remoto* de Shirin Salehi. Aún no es legible, aún es punto, línea, incisión y trazo. Tal vez incluso podría ser la herida original que deja en la superficie, en la piel, la cicatriz que sólo adquiere significado en la interacción social: tatuaje, incisión, circuncisión. Un acto de violencia que de golpe convierte a lo indiferente en portador de algo que marca la diferencia: significado, idea, pensamiento, palabra y lenguaje.

Así es como la cría se convierte en humano, dice la antropología; así es como la materia se convierte en espíritu, dice la semiología. El primer signo que surgió dio origen a una nueva economía, la economía del sentido y del significado, del mismo modo que el primer mojón, según Rousseau, dio origen a la nueva economía de la propiedad. Acontecimientos primigenios que quizá nunca hayan tenido lugar y que sólo son concebibles en un pasado absoluto: como las «architrazas» que crearon la posibilidad de lo que ahora es realidad. Derrida los describió en su filosofía de la *écriture*.

Apartado del tráfico de la cacofonía de la lengua, este acontecimiento es, sin embargo, inolvidable. No como hecho, sino como vocación. Quien quiera comprender lo que ocurre en la cotidianidad tiene que preguntarse por las primeras trazas que esta esconde. Quien quiera saber lo que significa el 'lenguaje' tiene que tener una noción de *cómo* el lenguaje significa: remontarse a la primera incisión, a los primeros puntos, marcas y rayas. Al momento del nacimiento en el que el lenguaje y el signo surgieron de la impenetrabilidad, tan oscura como deslumbrante, del Ser mudo – que es al mismo tiempo la Nada.

\*

Así vemos cómo, en la materia gris de *Nada es signo* de Shirin Salehi, los signos se marcan en la escayola como el cálamo marcó el barro, del que una vez también se creó el hombre. Cómo forcejean por llegar a la superficie, cómo, a veces, vuelven a borrarse hasta perderse. Cómo anhelan el sentido, al tiempo que nos recuerdan lo indiferente de donde surgieron y del que nunca se liberan del todo.

Tan milagroso es su advenimiento como frágil su razón de existencia. Aún tartamudean. También en la obra de Salehi cualquier hablar de ello se pierde en un balbuceo.

Estamos en la linde del bosque, ante el claro, y no le exigimos ni buscamos nada más. *Nada determinado, prefigurado, consabido*. Sólo nos adviene el milagro. No *lo que es*, sino *que sea* - como escribió una vez el filósofo holandés Cornelis Verhoeven.

No *lo que* significa, sino *que* signifique. Que la materia dé nacimiento al espíritu y que éste no exista sin aquélla, que por tanto ya no sea *mera* materia. Fuerza y materia, cuerpo y máquina, trazo y palabra: en el claro indeterminado que hay entre ambos surgimos y nos perdemos. Nosotros: seres de espíritu y materia, *ni ange ni bête* y al mismo tiempo lo uno y lo otro. Seres de la palabra y del soplo, del callar, del tartamudear, del hablar. Seres de lo posible que a veces tiene que reconocerse como casi imposible.